

—¡Y qué te se ha perdido por Valladolid, para que haya yo de dejar á Nehemías esperando, Dios sabe cuántas semanas, su encuadramiento en mis *Notas de Estudio sobre la Santa Biblia*?

—¡Que qué se me ha perdido en Valladolid! Lo que en todas partes de España, una República que es preciso rescatar, aunque sea á costa de la propia vida, de manos de los que nos la robaron.

—¡Eche usted jierro, seor prendero! ¡Pero hasta cuándo has de ser niño? ¡Qué nos robaron la República? Dí que nos la escamotearon y hablarás con propiedad. Mira tú como yo me explico aquello...

—Déjate, Ríofranco, de explicaciones, y arregla la maleta. ¡Ah! Y muchísimo cuidado con la lengua: si hasta quince días después de volver, sueltas una chirigota, cuenta con que...

—¡Ah! tirano de mi risa, déspota de mi buen humor, Herodes de mis chirigotas, Nabucodonosor de mis alegrías...

—¿Qué marmearas, Ríofranco?

—Nada, hombre, nada: rezaba la oración del Santo Sudario, que me enseñó tu madre, para casos de entierro, como el presente, en que...

—Déjate de chiquilladas, y haz la maleta.

—Andandito, hombre, andandito, con acompañamiento de guitarra y cante si se consiente.

—Hasta estar en el vagón puedes cantar cuanto gustes.

—Pues canto:

Dentro de mi pecho llevo

Un entierro bien guardado:

El muerto es mi buen humor

Y tú quien me lo has matado.

—Vaya una copla vieja.

—Más vieja es la Iglesia... y cobra.
Más serio, pues, que bragueta de provisor, presentéme en la estación del Norte, husmé un departamento vacío, halléle por fortuna, aco-

modé en él mi maleta y fuime á tomar café. A la vuelta, ¡oh pásmo! ¡oh maravilla! encuentro junto á mi maleta cuatro presbiteros ó frailes; que como era de noche no pude hacer la sutil diferenciación que origina estas dos variedades de la misma especie libertofágica. La alegría me retozó por todo el cuerpo, ante la perspectiva de seis horas de jaleo prebisterial, en que cuando menos me prometía tomar á los frailes el pelo... de sus hopalandas. Ya me consideraba de *incógnito* proponiéndoles enigmas teológicos, bíblicos, dogmáticos y morales, y riéndome de sus narices en sus narices, por no haber sacado por el olor que mi maleta estaba 46 veces excomulgada, cuando al poner el pie en el estribo, una mano me agarró de la capa y cogiéndome después del brazo, á toda prisa me metió en otro departamento.

No necesito decir á quién aquella mano pertenecía, ni que fui ágriamente reprendido, ni que por espacio de diez y siete días de excursión, más otros diez y siete de penitencia, que hoy acaban, en Valladolid, en Tudela de Duero y en Simancas, donde con mi conjunta persona, Ramón Chies ha sido espléndidamente obsequiado y cariñosamente atendido, he tenido que contentarme con reirme hacia adentro, que es como únicamente logro oficiar de serio.

El ser chirigotero no me impide ser agradecido, y aquí quiero dar testimonio de mi agradecimiento, para que dure cuanto duren estas NOTAS, aun haciendo esperar otra semana á Nehemías, el que servía vino á Artajerjes Longimano, menos largo de mano, á pesar de su mote, que largo de corazón ha sido con Ramón y conmigo nuestro huésped en Valladolid, el señor D. Angel María Alvarez Taladriz, á quien Dios prospere sus caminos públicos para gloria de la República y los privados para bien de su apreciable familia. Prospéreselos también

á nuestro querido amigo y compañero Juan Ortega y Rubio, ilustrado catedrático de la vallisoletana Universidad, gran extirpador de cuentos, fábulas y sandeces de la Historia, que explica con elegante palabra. Item, pido prosperidades para Salvino Sierra, que, aunque pequenito de estatura y posibilista de afección, es un gran anatómico, que se sabe sin marrar una línea, el lugar preciso que ocupan en el cuerpo humano todos los órganos, músculos, venas, arterias, tendones, nervios, fibras y células, por cuya razón se rie como un bendito de Dios y de la teología dogmática. Las pido igualmente para D. Lucas Guerra, buen medico y buen republicano federal, que á fuerza de tratar con locos se ha convencido de que no hay un místico que esté cuerdo. Para Valeriano pido á Dios una mina de carbón en propiedad, ya que trabaja honradamente en vender el carbón de las ajenas. Y pido al mismo Señor, y si él no puede dársela, á quien pueda, una tintorería sin rival en España, para mi amigo Damian, importador en Valladolid de este veneno del dogmatismo que se llama las NOTAS DE ESTUDIO Para Pepe Muro, amén de las felicidades que merece su dignísima familia, pido al cielo que salga diputado, ya que esto, por ahora, es en lo que pone empeño, bien contra mi gusto, pues en lo que yo tengo empeño es en verle otra vez de ministro de Estado de la República. Finalmente, para aquel hombre de bien, para aquel excelente amigo que se llama Lorenzo Cantalapiedra, pido a Dios que le deje ver á sus nietos de alcaldes de Valladolid, así como de maquinistas de los globos aerostáticos los suyos á la simpática y apreciabilísima persona de Francisco Alvarez Marín.

Todos ellos, al sentarme á sus mesas, conquistaron mi corazón, que aquí les rinde las párias de una sincera y leal amistad, para cuanto pueda ocurrirse en este valle de lágrimas, y de...

monjas que ya empiezan á desertar de los conventos, como la de Trujillo, y clérigos que se retratan de espalda.

Debo pagar también párias, y las pago, á los periódicos republicanos de Valladolid que nos han tratado con una benevolencia sin límites. Recibanlas en amores inolvidables *El 11 de Febrero, La Libertad, La Justicia y El Velay*. De sus inteligentes redactores, hay uno, Mario Vianni, que quiero sepa en particular, cuán rendido me tiene á sus obsequios continuados, y cuán deseoso de demostrarle mi aprecio.

Ahora debía emprenderla con Nehemías, que libro en mano me suplica le anote, pero es tarde, y me voy á dormir. Que esperen á otra semana el copero de Artajerjes y sus trapacerías con el rey de Persia y el rey del cielo, y que rabie... como rabian los presbiteros de Valladolid, desde que saben que, durante nuestro viaje, se ha organizado allí una sociedad de librepensadores; se ha fundado una escuela láica, se ha hecho una propaganda anticatólica de cuatrocientos mil demonios.

Resultados que me han hecho reír hacia adentro, pero no de Ramón, como acostumbro cuando me obliga á seriedades, sino del gremio macho que se viste por la cabeza.

LIBRO DE NEHEMIÁS

Cualquiera piensa al ver este rótulo *Libro de Nehemías*, que el tal copero de Artajerjes le escribiría. Al leer debajo *Segundo libro de Esdras*, ocurre la duda de si Esdras, siendo su autor, le titularía de este modo por contener la historia de Nehemías. Ambas cosas son igualmente juiciosas, mas por lo mismo, como se trata de la *Biblia*, resultan desmentidas y sin sentido común.

El texto no admite réplicas: ni Nehemías, ni

Esdras pudieron ser autores de este libraco, que da noticias de tiempos muy posteriores á los que estos pudieron alcanzar, aun cuando se hicieran tan viejos que, de puro serlo, se les cayesen los pantalones, si es que en los días de Artajerjes se usaban, cuestión que dejó íntegra á la erudición de los sastres.

¿Quién fué, pues, su autor?—Averígüelo Vargas. Los comentaristas católicos, aburridos de mentir á estas alturas bíblicas, se contentan con insinuar (nunca sus noticias alcanzan mayor categoría) que un autor *inspirado* compuso este libro en tiempo de los Macabeos sobre una memoria de Nehemías. ¡Eche usted guindas á esta tarasca de la inspiración!

Nehemías, hijo de Helchías (hijo de alguien había de ser), desempeñaba en Susa, corte de los reyes de Persia, el alto destino de copero. El era el que servía á Artajerjes Longimano el Valdepeñas pérsico, ó el amontillado babilónico, ó lo que fuera lo que el rey bebía, no especificado por la *Biblia*, con grave perjuicio de la erudición viticultista.

Un tal Hanani (éste no se dice de quién era hijo) vino de Jerusalem á Susa, é hizo una visita á Nehemías, quizá por catarle los vinos á Artajerjes. Esto no lo dice el texto, que lo digo yo, y, como aparece, de un modo puramente hipotético. Tras los trinquis, si los hubo, se hizo conversación del estado de Jerusalem y de los conducidos allá por Esdras. Hanani pintó con tan vivos colores las desgracias de los transportados y la desolación de la ciudad, que Nehemías, que debía tener las curdas lloronas, aparece diciendo:

«Yo, cuando oí semejantes palabras, me senté (claro es que las oíría estando de pie ó echado), y lloré, y estuve de luto muchos días; y ayunaba, y oraba en la presencia del Dios del cielo.»

Después de la sentada, del luto y del ayuno,

Nehemías le larga seis versículos de oración á Jehová, en uno de los cuales, considerando que el Dios del cielo podía andar desmemoriado, le dice: *Acuérdate de la palabra que distes á Moisés, tu siervo...*

No consta que Jehová replicase: quizá se avergonzó de que Nehemías le tuviese que avivar la memoria con un texto del Deuteronomio, donde dicho texto se encajó con este exclusivo objeto.

Mas si Jehová se hizo el tonto, Artajerjes, que además de largo de mano debía serlo de vista, observando que su copero andaba mohino, aburrido y cariacontecido, preguntóle que qué tenía.

Entonces Nehemías le manifestó que la causa de sus tristezas era la desolación en que Jerusalem se hallaba. Y como Artajerjes le replicase con bondad, condoliéndose del mal de los judíos, Nehemías le pidió que le enviase á reedificar la ciudad. Otorgóle el rey la petición, y provisto de una escolta y cartas para los sátrapas de algunas provincias, el copero, más alegre que unas castañuelas, se fué para su tierra.

La presencia de Nehemías en Jerusalem reanimó á sus compatriotas. Bajo su gobierno é inspección se reedificaron los muros, las torres y las puertas de la ciudad, no sin oposición, ora con cábalas y astucias, ora con las armas, de sus enemigos. Se refieren en este libro cosas que honran á Nehemías; pero que ni nos importan á nosotros, ni ilustran la historia. ¿Qué se me da á mí, en efecto, que fulano edificase tantos codos de muro, ó que mengano levantase tantos palmos de torre, cuando ni muros, ni torres, ni puertas existen ya? ¡Y qué á estas puerilidades las llamen *palabra de Dios, revelación* y demás teológicas gerigonzas! ¡Oh! ¡humana necedad! ¡Oh, explotación miserable la del que, en estas gerigonzas apoyado, por cada dos pesetas dice sa-

car un alma del purgatorio! El purgatorio no se inventa precisamente en este libro: corresponde al de los *Macabeos*, pero ¿no es todo *Biblia*? ¿no es todo filón de una misma mina clerical?

El capítulo V es un escrito rabiosamente socialista. Ya en tiempos de Artajerjes había presamistas, especie de género sanguijuela que esprime al que se agarra, variedad de la especie de los taumaturgos que da quince y falta al gran taumaturgo que multiplicó los panes y los peces, pues ellos hacen multiplicarse toda suerte de moneda. Estos tales, habíanse tragado poco á poco el trigo, las casas, los campos del pueblo, y se disponían á tragarse al pueblo mismo. Nehemías los reune, les echa un discurso á lo Luisa Michel, se da una puñada en el pecho, y los compromete por juramento á saldar de una vez tantas cuentas pendientes. Los señores usureños, viendo que no era posible tirar ya más de la cuerda, convienen, como Micifuf y Zapiron, en no comerse el asador, por ser cargo de conciencia, y se verifica, sin trastorno de ninguna clase, una *liquidación social*, la más antigua que conozco, en que el que se acostó debiendo ciento se levantó *pago* á la madrugada.

Noticia que entrego á las meditaciones de mis buenos amigos de *La Bandera Social*, por si les parece conveniente hacerle punta, y pedir sobre textos bíblicos un Nehemías del Consolidado Inglés.

¿Sería una desgracia ó una fortuna para el pueblo inglés un Nehemías de su enorme deuda? Tente, lengua; digo, tente, pluma, que aún no ha llegado la hora de que hagamos con lo que se llama *propiedad* lo que venimos haciendo con lo que se titula *religión*. Respeta los gazapos del derecho romano, interin perseguimos éstos de la *Biblia Sacra*: deja el *ius utendi et abutendi* rellenar el entendimiento de los tontos, bajo la autoridad de Paulo, Papiniano, Modes-

tino y demás *jurisconsultoria* de rúbrica, que, como la vida dure, y dure el humor, horas holgadas han de venir para meter la hoz en esa enmarañada selva de lo tuyo y lo mío, en que ¡enormidad risible y encanallada! la zorra astuta se hace servir la comida y representar saínetes por el noble y poderoso león (un tonto de capirote).

Pero lo que aseguro que sería una felicidad, no ya para el pueblo inglés, sino *hasta* para el español, sería un gobernador como Nehemías. Como él entran pocos en libra de gobernadores. Figúrate, lector, que él con todos sus criados trabajaba en la obra de las murallas, y además sentaba á su mesa *diariamente* ciento cincuenta personas, entre magistrados y amigos, para lo cual mandaba, también *diariamente*, aderezar *un buey y seis carneros escógidos, á más de las aves*. ¡Y todo de balde! ¡De Valdivia legítimo! Pues dice el texto: *y además de esto no cobré los estipendios de mi gobierno*.

¡Y pensar que aquí un Xiquena, amén de un montón de duros cada mes, nos cuesta una conspiración *abortiva* cada estación! ¡Hay para renegar del progreso y de Jehová, que tan poco *ganguero* se muestra con nosotros, á pesar de ser los más perfectos (oficialmente hablando) católicos, apostólicos, romanos del universo y sus arrabales!

Nehemías, además de barato, era fino de nariz, cualidad no menos excelente en un copero que en un gobernador, porque ahorra muchas planchas conspiratorias de esas hoy al uso. Así como distinguía el vino del vinagre, distinguía los profetas falsos de los verdaderos; por el olorcillo. Porque es de saber que en esto de los profetas siempre se ha dado gato por liebre, y el diablo que conozca uno malo entre muchos buenos, ó viceversa. Engañador y falsario hubo uno, que se llamó Semaias, el cual trató de deprestigar á Nehemías,

metiéndole una buena carga de miedo en el cuerpo. Pero Nehemais, forte que forte, como el portugués del cuento, le envió de paseo, y resistió el canguelo con tanto valor, que sobre su tumba pudiera escribirse aquel famoso epitafio lusitano: *Aqui yáz un cabalheiro que mai hobo pavor*, del que dicen que dijo Carlos I: sin duda este caballero jamás apagó una candela con los dedos.

En el capítulo VII se hace una especie de empadronamiento de los judíos que, vueltos del cautiverio, repoblaron á Jerusalem, y después de una acotación en que se advierte que deja de hablar Nehemias para hacerlo su incógnito historiador ó comentarista, se refieren los donativos que hicieron los príncipes para la obra, y se da como repoblada la antigua tierra de Canaan por los israelitas.

En el VIII, reaparece Esdras, que convoca á todo Israel á una gran junta; en la cual, desde la mañana al mediodía, lee con voz clara y distinta el libro de la ley de Moisés, que el Señor habia ordenado á Israel.

Este texto—indicado lo he á su tiempo oportuno—es de oro. Había un libro de la ley, que se leyó en una mañana ante el pueblo. ¿Podía ser este los cinco mamotretos del Pentateuco? En modo alguno. Luego falso que Moisés escribiese el Pentateuco. Falso que haya Jehová inspirado esos mamotretos. De haber inspirado algo, fué cosa que se podía leer en breve tiempo á todo un pueblo. ¿Quién en este *mare magnun* de mentiras da con lo cierto, que por añadidura es contrario á la razón, que no concibe un Dios que arda en zarzas ni palabrotee entre truenos y relámpagos en la falda de un monte?

La lectura de Esdras, tras la reedificación del templo, equivale á una restauración del culto mosaico, á una refrendación nueva del famoso pacto sinalagmático del Sinai. En esta época y por estos hombres hay que fijar la recopilación

de leyes, usos, costumbres y tradiciones que constituyen cuantos libros bíblicos llevo anotados, ó convenir en que, como los hongos, han brotado espontáneamente impresos en Madrid por Gaspar y Roig, y repletos de notas tontas y comentarios majaderos por el P. Scio de San Miguel.

Esta restauración del culto fué una especie de exaltación teológica, que fácilmente se comprende, dado que para los judíos significaba esta restauración la libertad tras los llores, palos y miserias de Media y Persia. Todo el mundo se hizo en Israel un poco teólogo, que fué el error supremo de este pueblo desdichado, pues de haberse hecho en vez de teólogo guerrero, posible fuera que existiese á la hora presente.

El pueblo en masa ora, canta, llora y ratifica el pacto á la voz de Esdras, dirigido por los levitas. Estas lamentaciones llenan el capítulo IX. En el X se especifican los que firmaron esta alianza con Jehová, que ya no sé el número que la corresponde, y tuvo mejor fortuna que las que la precedieron. Siguen á esta relación de las firmas las promesas solemnes que, chicos y grandes, se hicieron mutuamente, é hicieron á Jehová, de guardar los preceptos del Sinai, no mezclarse con las demás naciones, observar los sábados y el año séptimo, y pagar las primicias, las ofrendas y los diezmos, porque sin tajada para el cura no se comprende religión, y sin momio para el levita no hay página bíblica posible.

Los capítulos XI y XII son rematadamente tontos. ¿Qué puede interesar á nadie la pesada relación de los que, de vuelta del cautiverio, se repartieron entre Jerusalem y las ciudades medio arruinadas de Judá y Benjamín! ¿Qué los nombres de los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel y los cargos en que se instalaron?

El último capítulo del libro de Nehemias, que parece pegado, refiere que los judíos echaron de

las ciudades que volvieron á ocupar á los extranjeros, y da noticia de varias cosas, que llama abusos, y son corregidas con barbaridades, como la de azotar á unos infelices judíos y arrancarles los pelos por estar casados con mujeres cananeas.

¡Mira tú, que repelarle á un hombre como si fuera un pavo! Por esto sin duda se dice que hacer una cosa atroz es hacer una *judiada*.

LXXVI

EL LIBRO DE TOBIAS

Tobías era hijo de otro que tal, quiere decir, de otro Tobías. El Tobías padre, aunque era tonto, se metía en casa, ó lo que es lo mismo, aunque prestaba dinero, exigía el recibo correspondiente, aun á los más íntimos amigos.

Desde pequeño comenzó á dar pruebas ostensibles de la chifadura teológica que le aquejó todo el trascurso de su larga y zarandeada vida. Era piadoso hasta el punto de que, entre los becerritos famosos de Jeroboán y los angelotes de alas colosales que cobijaban el baul (que no siempre se ha de decir arca) del pacto judaico, prefería decididamente éstos, que eran los ortodoxos chirimbolos religiosos entre los hebreos. Cada año se daba un paseito hasta Jerusalem, donde echaba sus canitas teológicas al aire. De vuelta de uno de ellos, *tomó por mujer á Ana, de su misma tribu, y tuvo de ella un hijo á quien puso su nombre*, texto correctísimo si los hay, y acción laudable, aun en un joven de aficiones teológicas decididas.

Tanta piedad y amor tan matrimoniado como el de Tobías, no podía menos de obtener del cielo la debida recompensa. Y en efecto, cuando Tobías en Neftali se dedicaba al culto de su Dios, y de su Ana, y al cuidado del tierno Tobías, sobreviene Salmanasar, apalea á los unos, mata

á los otros (los unos y los otros eran los judíos) y arrampla con todos y con todo para su corte de Ninive.

Los dos Tobías se vieron esclavos. Mas el Tobías padre se las agenció de manera que hizo del cautiverio filón y se llenó de pesetas. Tantas fueron las que acaparó, que á un tal Gabelo le prestó... ahí es nada... diez talentos... como si dijéramos ahora... cien mil duros.

«El que da lo que tiene buscará lo que le haga falta.» Esto dice un refrán, de que por no acordarme yo, sino cada diez años una vez y por acaso, como ahora, quizá llegue á verme tan espiritado de bolsillo, como ha quedado de influencias el perinclito Romerete Robledete, desde que Cánovas, pontífice bizco y cerdoso, le sacrificó á uno de los innumerables é incalificables é indescandables Silvela. Y esto le pasó á Tobías. Dió además en la flor de enterrar á los muertos, y como esto de morirse ha estado de moda en todo tiempo, apenas si le alcanzaban el día y la noche para cumplir con esta obra de caridad, por la cual jamás ha dado las gracias el directamente interesado. Además, los medos se hartaban de asesinar esclavos israelitas, con lo cual el trabajo de Tobías llegó á hacerse insoportable, amén de peligroso.

Con que, prestando de un lado talentos y de otro matando las horas sin maldita la utilidad (aparte la teológica que es indisputable é indiscutible) llegó Tobías *el enterrador* á verse más pobre que Carracuca. (A este Carracuca solo le conozco de oídas.)

La manía de enterrar obsesionaba á Tobías al extremo de que, cierto día de festín en su casa, oyendo que á un israelita le habían degollado, deja plantados á todos los comensales, se va á la plaza, carga con el muerto y le esconde en su propia habitación para enterrarle de *ocultis*. Los

parientes, es claro, le reprendieron agriamente, pero Tobías... ¡que si quieres!

Jehová recompensó tanto celo. Un día que rendido de echar muertos al hoyo, volvió Tobías á su casa, recostóse junto al muro para descansar, y se quedó dormido. Una pícara golondrina, que andaba á la sazón por el alero revoloteando, quizá había comido algún mosquitillo purgante, al ir á alimentar sus polluelos. Jehová, que es la providencia, consintió que viniese en ganas de desahogar su vientre.

Cayó el estiércol caliente sobre los ojos de Tobías, y quedó ciego.

Meditemos:

Tobías dormía. Tendría, pues, cerrados los ojos. La golondrina dejó caer su estiércol. ¿Cómo le dejó ciego? ¿Acaso por simpatía del un ojo hacia el otro? Porque no creo tan ancha la carga de una golondrina que le cubriera á Tobías los dos ojos. Por aquí me resulta tuerto. ¿Tuerto? ¿Pero la materia fecal de la golondrina basta para quemar un ojo? No: lo más que hace es pegar los párpados como engrudo. Por otra parte, este milagro trae otro más tarde, el de que Tobías echa unas telillas de los ojos, que son cataratas. ¿Cataratas por el estiércol de una golondrina? Unas cataratas milagrosas y providenciales. Sí, lector amable; así lo dice el libro infalible é inmutable, gracias al cual, todo católico deja de barbecho su entendimiento, para tragarse simplemente lo de la golondrina de Tobías.

Tobías sobrellevó con cachaza su cruelísima desgracia. Gime y llora al principio, es verdad, pero luego se consuela, pensando sabiamente que Jehová, que le había dejado ciego de tan puerca manera, le hubiera podido también dejar tullido ó tartamudo, y siempre resultaba, mirándolo bien, beneficiado. Ana le gruñía, los amigos le abandonaban, los muertos, que tan á mal traer le habían traído, no le daban siquiera las gra-

cias. Todo era desamparo y motivos de rabiar: pero Tobías, á caballo en su paciencia, meditaba tranquilamente un plan, para sacarle á Gabelo los diez talentos que le tenía prestados.

El plan era sumamente sencillo. Consistía en mandar con el recibo á Tobías el mozo á Rages, donde Gabelo residía. Ana se opuso á este plan con muy maternales razones. Pero Tobías el ciego insiste, é inspirado por Jehová, metido de hoz y de coz, como en todo, en este negocio del viaje, convence á su mujer, le echa un discursazo á su hijo sobre la piedad y el cobro de las deudas, y dispone el viaje.

Faltaba, sin embargo, quien enseñase al mozo Tobías el camino, por módico salario. La dificultad no era chica que digamos: el primer mozo de cuerda de aquellos tiempos servía para el caso. Tobías, hijo, sale á buscarle á la plaza. Pero Jehová, que se entretiene á veces en nimiedades, hace que su ángel Rafael, disfrazado de espolista, *haldas en cinta*, como dice el texto, se le presente al joven y le ofrezca sus servicios. Se cierra pronto el trato, y cádate en seguida á Tobías, al arcángel San Rafael y un perro, en amable paz y compañía anda que te andarás camino de Rages, á presentar un pagaré.

No puedo resistir la tentación de meditar un rato sobre esto del ángel *Rafael, haldas en cinta*, sirviendo de mandadero, guía, espolista ó lo que fuera, á Tobías, hijo de ídem. ¿Comería, bebería y haría aguas mayores y menores el ángel Rafael? Téngolo por indudable: pues de haber notado la supresión de alguna de estas naturalísimas funciones Tobías en su compañero, pronto le hubiera esta enormidad chocado, y entrado en sospechas respecto á su naturaleza angélica, lo que no hizo, apesar de andar tanto tiempo como anduvo en su compañía. Además, el texto inspira la vehemente presunción de que, cuando me-

nos comer lo hacía el ángel, y es sabido que el comer tiene obligadas consecuencias.

Lo de *haldas en cinta* me choca también. ¿Vestía el ángel de mujer y se recogió las enaguillas? Entonces, puesto que parecía un recadista ordinario, los medos machos y andarines vestían, *sin duda por comodidad*, como ahora nuestras hembras.

Además de acompañante fué el ángel *tercero* de Tobías, á quien proporcionó mujer, oficios que hallo bajos para un ángel de la respetabilidad y fecha de Rafael, que ya hizo de centinela en el Paraíso; por todo lo cual, y llamarse en el texto Azarías de mote, que equivale á *Socorro de Dios*, y últimamente porque ángel en griego quiere decir enviado, mensajero, recadista, yo, juro por mi honor de librepensador, y mi fe de católico, que tengo todo esto por un camelo bíblico, como tantos otros. Angeles sí que los tendrá Dios, si bien le parece, pero que los emplee en cosas de este jaez... vamos que... no lo paso. Al menos yo, si me viera de ángel alguna vez, y me comisionaran semejantes pijoterías, presentaba en el acto mi dimisión y... que Tobías se las arreglase como pudiera para cobrar la deuda de Gabelo y agenciarse mujer.

En el camino de Rages sucedieron á Rafael y á Tobías cosas extraordinarias. El perro no entra en escena, meneando la cola, hasta el final del cuento.

A las primeras de cambio, esto es, en la primera posada en que pararon, junto al río Tigris, Tobías, que debía ser limpio, cosa recomendable, va al río á lavarse los pies. Ni antes ni después de aquel momento ha habido en aquel Tigris más que truchas y barbos, ó peces de este tamaño, pero entonces, en honor del ángel indudablemente, aparece un *pez disforme* (especie desconocida) que se arroja sobre Tobías para devorarlo. ¡Caspitina!

Grita el hijo de su padre, acude el ángel, le infunde valor al mozo y miedo al monstruo, y manda á su compañero de viaje que, cogiendo el pez por una agalla, le traiga á tierra.

Habla la *Biblia*:

«Entonces dijo el ángel: Destripa ese pez, y guárdate su corazón, y el hígado (la hiel y el hígado son cosas distintas); pues estas cosas son necesarias para útiles medicinas. (Ojo, el protomedicato universal, que receta el Espíritu Santo).»

«Entonces Tobías preguntó al ángel: Ruégote, hermano Azarías, que me digas ¿para qué remedio serán buenas estas cosas (el comedido joven no veía la tostada) que me has mandado guardar del pez?»

«Y respondiendo el ángel (vuelvo á suplicar la atención de médicos y boticarios, que habla un infalible), le dijo: Si pusieres sobre las brasas un pedacito del corazón del pez, su humo (¡fumigación se llama esta figura!) ahuyenta todo género de demonios, ya sea de un hombre, ya de una mujer (¡el demonio dentro de una mujer! ¡demonio! ¡demonio!), de manera que no se acercan más á ellos.»

«Y la hiel sirve para unguir los ojos que tuvieran nubes, y sanarán.»

Curso completo de medicina angelica y borri-cal del género católico, al alcance de toda clase de brujas, charlatanes, pillos y majaderos de mayor y menor cuantía, puesto en prosa caldea de orden del Espíritu Santo á no se sabe quién, traducido al latín por setenta cucos, y de este al castellano con notas tontas del padre Scio de San Miguel.

Santa *Biblia* se llama y cuesta empastada en diez tomos cincuenta pesetas. ¿Quién compra un ejemplar? A ver señores, ¿quién se lleva esta sarta de sandeces infalibles y sacrosantas por la friolera de diez duros?

Apenas hubo el angel ó arcangel San Rafael (que en esto de los grados angélicos no estoy muy fuerte que digamos) espetado á Tobías el discursazo médico-farmacéutico-brujesco acerca del hígado, corazón y hiel del sollo descomunal, que me dejó en la nota anterior patidifuso, el andariego mancebo se dirige á su disfrazado recaudista preguntándole con mucha cortesía dónde harían posada.

Ni el texto dice dónde estaban, ni hace al caso, pero el angel contesta: *aquí* hay un buen hombre, pariente tuyo, que tiene una hija única, hembra cruda, que se ha casado siete veces y otra tantas se ha quedado viuda la primera noche de su matrimonio, (esto da lugar á una nota del reverendo P. Scio, que mantiene la doncellez de la siete veces viuda tras los suponibles siete ataques maritales). Pidela por mujer—continúa el angel—que cargarás con el santo y la limosna, quiere decir, con la doncellez inverosímil de la hija y las riquezas de su padre, que no son moco de pavo.

Esta imagen no la empleó San Rafael arcángel y espolista, lo que empleó fué arcangélica monita para persuadir á Tobías, que prudentemente se había escamado de la matrimonial proposición, para que no temiera del demonio que le había matado los siete maridos á Sara, su prima, pues con un poquito de rezo y otro poquito de fumigación, el tal demonio se iría echando venablos y estornudando á matarles liendres a viejas y no maridos á muchachas.

Entranse de rondón el angel y Tobías en casa de Gabelo que, filando al mozo, le saca por la pinta que debe ser de la familia. Interviene San Rafael en los dimes y diretes, y al descubrirse el pastel del parentesco hay lágrimas y jaleo. En el acto Tobías pide la mano de la siete veces viuda segura y virgen probable. Rafael declara á su sobrino la mácula de la muchacha, capaz

de cohibir los más ardorosos trasportes maritales del más Tenorio de los judíos y del más juicio de los Tenorios, pero el angel oficiando de alcahuete, asegura al honrado viejo que nada malo resultará del casamiento, pues que ya en sus leyes Moisés había previsto el caso y dispuesto hacia muchos siglos las bodas. Gabelo queda conforme, y cogiendo las manos de los primos, sin más requilorios, como sucede al final de casi todas las malas comedias, los echa una bendición y los deja tan casados como Adán con Eva ó Cristo con su Iglesia. Después llaman á un *notario*, oficio endiabrado, eso sí, pero antiguo, por lo que se ve, también.

Incontinenti, esto es, versículo seguido, pues el texto no especifica el tiempo, la vieja Ana, madre de Sara, arregla la cama, hace acostar á la muchacha, la anima, y, así que cena, conduce á Tobías á la cama nupcial, sin cuidarse de cerrar la puerta, gracias á lo cual sabemos lo que allí pasó, que no fué nada que no pueda y deba decirse aun delante de las más castas doncellas. Y fué lo siguiente:

Tobías, así que se vió en el cuarto á solas con Sara, en vez de dirigirse á la cama se fué hacia el brasero, y, sacando de su fardel un pedazo de hígado del famosísimo sollo, lo echó sobre las brasas.

«Entonces el angel Rafael asió al demonio, y lo ató en el desierto del Egipto superior.» (Textual).

La *Biblia* ¡oh dolor! no nos dice si se liaron á bofetadas ó á brazo partido el angel y el demonio; ni si éste cayó á causa de alguna zancadilla de aquél; ni de qué sogas se valió el arcángel para atar al demonio; ni siquiera si éste sigue atado ó se soltó al poco tiempo, ni por qué arte, cosas á cual más interesantes, que especificadas, ahorrarian muchos calentamientos de cabeza á los tontos, que creyéndose lo principal

de este cuento, aspiran á conocer les detalles de tan diabólico y arcángelico combate, que supone un viaje en globo desde Asiria al Alto Egipto, con morradas y pescozones de añadidura.

Y, ¿todo para qué?

Para que Tobías, fumigada la cámara nupcial, le dijera á su costilla: «Sara, levántate; recemos hoy, mañana y pasado, que después haremos... *vida maritable*.» Levántase la muchacha y acompaña á su esposo en las oraciones; hasta que, rendiditos de tanto *rosario*, se quedan dormidos *juntamente*, que es como los encontró una de las criadas, á quien Ana, por orden de Raguel, que ya tenía dispuesto el hoye para enterrar á su sobrino, (sin hacer maldito de Dios el caso de la palabra que poco antes le había dado San Rafael disfrazado), los encontró al decir de texto.

Y allí fué el rezar, el celebrar banquetes, el jolgorear la boda y la colocación definitiva de la muchacha. Las únicas que tuvieron que sentir, fueron dos vacas y cuatro carneros, que se comieron alegremente los novios, los suegros, el arcángel y algunos convidados. Tobías, amén la prima, se alzó, por ante escritura, con la mitad de cuanto poseía el buen Raguel, que exigió á su sobrino y yerno no se marchase en dos semanas.

Tobías llama á Azarías aparte, y le dice, con muy cumplidas razones, que le haga el favor final de llegarse hasta Ragues y sacarle á Gabelo los diez talentos, en cuya busca iban. El arcángel, que para atar al demonio en el Egipto superior no había necesitado de nadie, para llegarse hasta Ragues coje dos camellos y cuatro siervos de Raguel, y... vuelve al poco con los cuartos y con el propio Gabelo, que paga con exactitud y acude al jolgorio de la boda.

Todo había salido á pedir de boca, como era de esperar de negocio tan *arcangeleado* y tan *endemoniado*,

Pero en el entretanto, el viejo Tobías y Ana, su mujer, pasaban las de Cain: el uno con la ceguera que le causó el estiercol de la golondrina, la otra con la pena que le ocasionaba la tardanza de su hijo, á quien se imaginaba ya muerto.

El viejo daba ánimos á la vieja, y ambos salían todas las tardes á las afueras de la ciudad, por ver (la vieja digo que sería la encargada de esto) si aparecían Tobías y su acompañante.

Tras muchos ruegos, instancias y cumplimientos, celebradas las bodas, dejó Raguel marchar á su yerno y á su hija. Nunca viaje más feliz. El que salió pobre y desvalido, volvía casado, rico, con copia de ganados y de siervos, cosa que se me hace un poco cuesta arriba de creer, en quienes ya eran por sí mismos siervos, como les sucedía á estos judíos trasportados.

A instancias del arcángel, Tobías se adelanta á su cortejo ó caravana, y á solas con Rafael, éste le explica cómo untando con la hiel del supradicho y supraadmirado sollo los ojos de su padre, éstos le quedarán como si la maldita golondrina no hubiera volado jamás por encima de su cabeza.

Y una tarde... cádate que la vieja aquella que, en lo alto de un monte, que no se dice cual era, cercano á una ciudad, que no se nombra, atalayaba un camino... divisa... ¿pero qué divisa, que recogidas las enaguillas echa á correr?... Dilo tú, sublime é infalible Espíritu Santo, inspirador de la *Biblia*. Lo que divisó, allá á lo lejos, fué un perro, no sé si pachón ó mastín, de aguas ó galgo, pero en modo alguno rabón, puesto que meneaba la cola. Y como la vieja era Ana, y el perro, el perro de Tobías, su hijo, al que seguía su amo, echó á correr á darle el aviso á su marido. El ciego, agarrado á su lazarillo, sale al camino... donde tiene lugar la escena de familia que es natural suponer, es-